

Dambisa Moyo

El ganador se queda con todo

La fiebre china por el control de los recursos naturales y lo que supone para el mundo



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Dambisa F. Moyo

El ganador se queda con todo

La fiebre china por el control
de los recursos naturales y lo que
supone para el mundo

Traducción de
Casandra Viñuela

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Si retrocedemos ante las duras pruebas en las que el ser humano ha de ganar poniendo en peligro su vida y arriesgando cuanto le es querido, los que sean más fuertes y atrevidos nos superarán y serán ellos los que acaben por dominar el mundo.

–Theodore Roosevelt
«The Strenuous Life», 1899

Ruega siempre que tu adversario sea vil.
Tras la vileza se agazapa una querencia
muy fuerte hacia lo racional...
Las buenas intenciones, sin embargo, van siempre en compañía
de la estupidez, y es imposible sustraerse a ellas.

–Marion J. Levi Jr.
Nine Laws for the Disillusionment of the True Liberal, 1970

Introducción

En el verano de 2007 una empresa china compró una montaña en Perú. En realidad, lo que compró fueron los derechos para explotar los recursos minerales de esa montaña. El monte Toromocho es una imponente masa de tierra que con sus 15.000 pies (4.600 metros) tiene una altura superior a algo más de la mitad de la del monte Everest. Las 2.000 toneladas de cobre que contiene lo convierten en uno de los yacimientos exclusivamente de cobre más grandes del mundo. La propiedad del monte Toromocho pasó de las manos del pueblo peruano a las del chino por el considerable precio de 3.000 millones de dólares.

La campaña que está realizando China para conseguir las materias primas, o los productos básicos que necesita, es impresionante. En poco más de una década, ha pasado de tener un papel relativamente insignificante en estos sectores a estar en primera línea como consecuencia de las numerosas transacciones que ha realizado en todo el mundo para adquirir tales recursos. La empresa china Chinalco, compradora de los derechos de explotación del monte peruano, también invirtió en 2008 cerca de 13.000 millones de dólares para comprar una participación en el sector del aluminio en Australia.¹ En junio de 2009, Sinopec, una importante empresa petroquímica china, adquirió Addax Petroleum, propietaria de importantes activos en Irak y Nigeria, por 7.200 millones de dólares. En octubre de 2010, Sinopec también adquirió por 7.000 millones de dólares una participación del 40 % en la filial brasileña de Repsol, una empresa española del sector energético, y en junio de 2006 obtuvo la

copropiedad de una empresa petrolera en *joint-venture* con Rosneft, empresa rusa puntera en petróleo y gas, por 3.500 millones de dólares.

Colectivamente, estos recursos naturales que se utilizan para la producción de bienes y servicios se denominan materias primas y están presentes en todos los aspectos de la vida diaria moderna: la energía hace funcionar los coches, los camiones y las redes eléctricas; el agua sirve como sustento de todas las formas de vida; las tierras de cultivo producen cereales y otros alimentos; además de una larga lista de minerales que se utilizan para prácticamente todo, desde la telefonía móvil a las pantallas de televisión, o como insumos para todo tipo de maquinaria.

A la vista de los conflictos que ha provocado la escasez de tierras cultivables, los enfrentamientos por el agua y los riesgos del Armagedón político a medida que la demanda global de energía supera a la oferta, no resulta extraño que escritores y comentaristas de prensa adviertan de la inminente catástrofe en el ámbito de los productos básicos. Sin embargo, a pesar de la importancia de estos productos y de los mercados en los que se comercian, nuestro conocimiento de este componente esencial de la economía mundial —la clase de activos más grande del mundo— continúa siendo, en el mejor de los casos, poco claro.

El ganador se queda con todo explora la evolución de las materias primas a la que se enfrentará el mundo en los próximos decenios y que se caracterizará, casi con toda seguridad, por la aparición de tensiones globales derivadas de su creciente escasez. Más específicamente, este libro trata de la naturaleza y las consecuencias de la carrera que ha emprendido China para obtener recursos naturales en todas las regiones del mundo. De todas las grandes potencias mundiales, sólo una, China, ha centrado su estrategia política y económica en anticipar los considerables desafíos que plantea la futura escasez de recursos. Sin embargo, más que esto, *El ganador se queda con todo* es un llamamiento al resto del mundo que, en general, sigue estando mal preparado para

enfrentarse al desafío que plantea esa escasez y al papel central que en la misma juega China. Y ello a pesar de los sólidos argumentos avanzados hace casi una década por Jim Rogers –todo un referente y uno de los mejores expertos en productos básicos– con relación a la importancia de los recursos naturales en su libro, *El boom de las materias primas (Hot Commodities)*.

¿Qué está en juego? Como mínimo, habrá una aguda escasez de recursos que llevará al mundo a un período en el que los precios medios de las materias primas –tierra cultivable, agua, minerales y petróleo– se dispararán permanentemente a niveles más altos. Los alimentos en los supermercados (el pan de trigo e integral, así como el azúcar, la carne, la leche, etc.), el agua corriente, los teléfonos móviles y los automóviles, la gasolina y otros muchos productos que integran el coste de la vida diaria verán sus precios considerablemente aumentados. Inevitablemente, la subida de precios conducirá al empeoramiento de las condiciones de vida en todo el mundo.

En el caso extremo, cuando la falta de recursos se intensifique, la escasez de productos básicos podría llevar a una guerra abierta. Tal y como debatiremos más adelante, desde 1990 ha habido al menos 18 conflictos violentos en el mundo –muchos de los cuales aún continúan– que han tenido su origen en la insuficiencia de recursos y el acceso limitado a los mismos. Además, otros muchos países ubicados en lugares donde escasean estos productos (como el agua en Oriente Medio o la tierra cultivable en otras partes de Asia) son vulnerables a la violencia y a los enfrentamientos. En muchas zonas la población vive un delicado equilibrio entre una demanda sustancial y una escasez de oferta. El riesgo que se avecina es que muchos más países –y, por tanto, muchas más personas– se verán afectados por este conflicto.

Éste es el contexto en el que está teniendo lugar la campaña emprendida por China para disponer de los recursos que necesita. El liderazgo mundial de la potencia asiática en la obtención de materias primas duras (como metales y minerales), blandas (normalmente bienes cultivados, como

madera, cereales y otros productos alimenticios) e infraestructuras (carreteras, puertos y ferrocarriles) que apoyen y faciliten su extracción y transporte, tiene como objetivo garantizar la continuidad de su ya notable historia de desarrollo económico. Por esta razón, los chinos parecen decididos a usar para ello todos los instrumentos disponibles y, dado que su compromiso para obtener tales recursos tiene un alcance global y se encuentra entre los compromisos más agresivos de la historia, su logro tiene consecuencias económicas para todos nosotros.

Este libro aborda tres grandes temas.

En primer lugar, examina las implicaciones *económicas* del ascenso de China como principal comprador mundial de recursos en el contexto de la oferta y la demanda global de materias primas. China es actualmente el principal socio comercial de muchas de las economías más influyentes tanto del mundo desarrollado como del mundo en desarrollo. En tan sólo unas pocas décadas se ha convertido en la fuente más codiciada de suministro de capitales. De hecho, los países ricos y pobres no esperan a que China llame a su puerta, sino que buscan activamente sus inversiones.

Actualmente, China financia a gobiernos extranjeros concediéndoles préstamos y comprándoles sus bonos, contrata la construcción de escuelas y hospitales y paga proyectos de infraestructura, como carreteras y ferrocarriles (especialmente en las zonas más pobres del mundo), atendiendo así a las necesidades de los países receptores y haciendo de China un inversor más atractivo que los organismos internacionales, como el Banco Mundial, que a menudo vincula sus préstamos a duras condiciones políticas. La influencia económica de China en lugares tan dispares como EE.UU., África, Europa del Este, Australia y Sudamérica es incalculable. Su creciente influencia mundial se ha visto reflejada en su progreso económico e, invariablemente, en el aumento correspondiente de su demanda de recursos.

En segundo lugar, este libro trata de la creciente potencia *financiera* de China y sus consecuencias para el funciona-

miento de los mercados mundiales de productos básicos. China se ha convertido, con el tiempo y en toda la gama de recursos (mercados de minerales y de petróleo e incluso mercados de activos no cotizados, como la tierra), en el comprador dominante, adquiriendo recursos mundiales en un volumen tan desproporcionado que tiene cada vez más poder para fijar los precios, lo que automáticamente influye en cómo se comercia en los mercados y ayuda a determinar el valor de los activos en los países receptores. Por lo tanto, resulta crucial descifrar las ramificaciones de su participación en la fijación de los precios de los recursos naturales y su influencia en si los precios de mercado suben o bajan.

Finalmente, este libro analiza las implicaciones *sociales* y *políticas* de esta búsqueda china de materias primas. Su papel en el mundo no puede únicamente mirarse a través del estrecho prisma de la economía y de las finanzas. Su campaña global no sólo tiene graves consecuencias para la geopolítica, sino que también determina cómo la gente vive e interactúa con sus respectivos gobiernos. Las inversiones chinas pueden tener un impacto positivo cuando ayudan a aumentar los ingresos per cápita y a reducir la pobreza en la nación anfitriona, pero esta nueva riqueza también puede acumularse en gobiernos despóticos que utilizan el dinero para su autoengrandecimiento o para subyugar al ciudadano local. Aunque los chinos no tienen como objetivo explícito socavar el ambiente político del país anfitrión, sí que deben equilibrar cuidadosamente (al igual que lo hacen los demás inversores extranjeros) los beneficios obtenidos de la adquisición de recursos –la creación de puestos de trabajo y el establecimiento de infraestructuras en los países donde esas inversiones se necesitan desesperadamente– con los costes políticos que tal adquisición supone.

China no es, por supuesto, el primer país en lanzarse a una búsqueda global de recursos. Pueden verse paralelismos históricos en las clásicas campañas romanas del siglo I, en las operaciones transcontinentales británicas de finales del siglo XVI y en el auge de modernas sociedades transnaciona-

les europeas y americanas a mediados de las décadas de 1860 y 1870. La Revolución Industrial que alimentó a estas economías creó una demanda voraz de materias primas y la necesidad de buscar recursos más allá de sus fronteras. La colonización europea de África y la posterior partición de un Oriente Medio rico en petróleo fueron, en esencia, operaciones para conseguir productos básicos. A pesar de lo impresionante de su campaña por los recursos, China no parece aspirar a algo tan directamente territorial. Pero tiene dos herramientas a su favor con las que no contaban los otros «buscadores» de productos básicos: una vasta riqueza y una gran disciplina económica y política.

En un mundo donde el dinero en efectivo es el rey, las muy comentadas reservas de efectivo de China —más de 3.000 millones de dólares en moneda extranjera en 2012— le ofrecen la posibilidad de hacer lo que otros países no pueden llevar a cabo y de ir a donde otros países no pueden llegar. En pocas palabras, los chinos están en un safari global de compras. Y es poco probable que, aunque sus tasas de crecimiento económico se enfríen, se reduzca de manera significativa su voraz apetito de productos básicos.

Países tan pobres como Perú no piensan en las consecuencias de hipotecar y vender sus activos, incluso cuando esos activos se presentan en forma de una montaña de cobre de 15.000 pies (4.600 metros), ya que necesitan muchísimo ese dinero para financiar su desarrollo económico. A su vez, los países industrializados y endeudados que necesitan aumentar sus ingresos también capitulan y toman prestadas de China importantes sumas de dinero. Por ejemplo, en 2011 China por sí sola fue la mayor titular de deuda del Gobierno de Estados Unidos, con el 26 % de los títulos para extranjeros emitidos por el Departamento del Tesoro (alrededor del 8 % de la deuda pública total de Estados Unidos). Es cierto que países como Japón, Corea del Sur u otros de Oriente Medio cada vez más se embarcan en sus propias campañas para la obtención de materias primas, especialmente respecto a la tierra cultivable de África; pero el tamaño de China,

su dinero en efectivo –esto es, su capacidad de aventajar en las pujas a la competencia– y su inquebrantable determinación hacen que por ahora todo dependa de este país.

Pero ¿quién es China? ¿Es correcto combinar todas las partes de China en una sola entidad monolítica? ¿Y es la suma siempre mayor que las partes constituyentes? El éxito de China se apoya en muchos y muy diferentes factores: individuos, empresas y el Partido Comunista. Pero al final todos –públicos o privados– tiran juntos bajo una misma fuerza unificadora y con una sola agenda: la mejora de China.

Esta filosofía queda quizá mejor encapsulada en la línea política china de «ascenso pacífico», popularizada por Zheng Bijian, portavoz en asuntos de política exterior,² en numerosos discursos entre 1997 y 2004. Estos discursos, junto con el Informe de Trabajo del Gobierno (similar al discurso del presidente de Estados Unidos sobre el Estado de la Unión) presentado anualmente por el primer ministro chino, establecen los objetivos estratégicos para el país. Desde objetivos de crecimiento económico a estrategia tecnológica, pasando por la política exterior y declaraciones sobre el papel de China en el mundo, estas manifestaciones destacan las aspiraciones de la clase política china así como los factores inherentes al desarrollo, principalmente bienes públicos, como la educación, la sanidad y la infraestructura nacional.

Estos objetivos poco difieren de los de otros gobiernos. No obstante, en el caso de China no se trata tanto de proclamaciones poco controvertidas, sino más bien de cómo la infraestructura política china ejecuta su agenda. A través de un sistema económico de «orden y mando» planificado a nivel central, el Partido Comunista Chino patrocina e influye en el comportamiento de gigantescas empresas estatales, como bancos, plantas de energía, transporte y negocios logísticos, así como empresas de recursos. En términos más generales, la adopción por el Estado chino de su capitalismo de Estado (en el que el Gobierno desempeña un papel central en la dirección de las actividades comerciales que producen beneficios) significa que todos los actores se centran en

cumplir los objetivos del Partido Comunista, haciendo que incluso los ciegos motivos de lucro de empresarios chinos caigan tras los deseos políticos del Politburó.

Entonces, ¿cómo se asegura el Gobierno chino que prevalecerá su filosofía de lograr objetivos nacionales? Acudiendo a la regulación, el dinero y al personal.

El proceso regulatorio es relativamente sencillo. Al igual que en otros gobiernos del mundo, el Gobierno chino proporciona las estructuras para crear empresas en forma de códigos de inversión, reglas sobre licencias, y estableciendo las directrices de funcionamiento de negocios bajo las que deben operar los individuos y las empresas. El entorno empresarial se controla a través de una red de organismos reguladores –como su Banco Central– y organismos que otorgan autorizaciones o permisos para que las empresas operen –entre ellos, la Administración Estatal de Industria y Comercio y la Oficina de Supervisión de Calidad y Tecnología.³ Pero, por encima de esto, lo importante es la influencia del Gobierno –cuán largo es, exactamente, el brazo de la ley. En el caso de China, es evidente que la «regulación» va más allá de la simple expedición de permisos y de autorización de licencias para que las empresas operen.

El partido estatal chino también impone su filosofía del propósito nacional a través del dinero, a través del control en la asignación de sus vastos fondos públicos, incluidas sus reservas de divisas. La asignación de fondos públicos en China se guía por al menos dos factores. El primero, las proclamas públicas sobre imperativos de política económica, como las contenidas en el citado informe de trabajo del Gobierno, así como las declaraciones dirigidas a aquellos sectores e industrias (como la industria alimentaria o energética) que encajan en los planes generales de China y son susceptibles de continuar impulsando el crecimiento económico y reducir la pobreza. Las altas y sostenibles tasas de crecimiento y una continua reducción de la pobreza son las que, en última instancia, dirigen las acciones del Estado chino. El segundo factor es el hecho de que los desembolsos de efectivo de China se

ven afectados por unas amplias condiciones del mercado que pueden justificar y garantizar que el Estado intervenga para impulsar un mediocre crecimiento económico o que intervenga en tiempos de crisis económica. Por ejemplo, en noviembre de 2008, el Gobierno puso en marcha en cuestión de días un plan de estímulo de 586.000 millones de dólares (alrededor de 4 billones de renminbis) para combatir los efectos nocivos de la crisis financiera (aumento del desempleo por una industria de exportación en declive y, por tanto, una desaceleración en el crecimiento económico). Este paquete de estímulo chino ascendió a casi el 15 % de la producción económica anual, repartida en dos años.⁴

El Gobierno hace sentir su músculo financiero, por lo que la línea entre lo público y lo privado puede aparecer deliberadamente confusa: por ejemplo, el Estado chino conserva importantes participaciones en muchas empresas cotizadas (en algunos casos más del 70 % de estas empresas son propiedad del Gobierno) y prácticamente todas las integrantes del «top treinta» de las empresas multinacionales chinas son estatales. Las empresas chinas que invierten en sectores estratégicos como petróleo, minerales o infraestructura a menudo pertenecen al Estado, por lo que en cierta forma actúan como extensiones del Partido. Esta estructura ha sido fundamental para la búsqueda china de recursos globales. Por ejemplo, los tres inversores principales en África son tres compañías petroleras estatales: China Petrochemical Corporation, China National Petroleum Corporation y China National Offshore Oil Corporation.

La denominada estrategia china de «salir al exterior» utiliza herramientas controladas por el Estado para impulsar la expansión en ultramar y las adquisiciones por sus empresas locales, incluidas las privadas. Muchas empresas chinas reciben subvenciones del Gobierno o préstamos a bajo interés de los bancos estatales, lo que las coloca en una posición de clara ventaja frente a las empresas extranjeras que tienen que financiarse con fondos más caros procedentes de los mercados financieros. Muchas empresas chinas se bene-

fician no sólo de líneas de crédito en condiciones favorables (es decir, líneas de crédito que proporcionan condiciones indulgentes o flexibles para el reembolso, generalmente con períodos de pago amplios y a menores tipos de interés que los de mercado), sino también a exenciones de impuestos y a una asignación prioritaria de los contratos principales. En 2009, por ejemplo, a Wuhan Iron and Steel, el tercer productor de acero de China, se le concedió una línea de crédito de casi 12.000 millones de dólares por parte del China Development Bank, un banco estatal. Un objetivo principal de este préstamo era financiar la construcción de su base de recursos en ultramar, incluyendo la comercialización de grandes minas de hierro y de plantas de acero que producirían estos productos básicos. Estos préstamos se convirtieron en algo común a medida que el Gobierno chino alentaba a los bancos estatales a prestar dinero con el fin de estimular la economía a raíz de la crisis financiera de 2008.

Finalmente, el control de China depende del pueblo y del personal contratado. Aproximadamente un 10% –cerca de 80 millones de personas, y sigue creciendo– de la mano de obra china es militante del Partido Comunista. No sólo importa el número de miembros del Partido, sino que éstos están casi siempre estratégicamente posicionados para asegurar que todos los sectores se empapen con la filosofía de lograr el propósito nacional general del Partido Comunista. No es raro que las empresas cotizadas «contraten» a miembros del partido, pues estos representantes se consideran más importantes, poderosos e influyentes que los consejeros delegados de estas entidades nominalmente independientes.

En casos extremos, los ejecutivos de las empresas se nombran por el Gobierno chino y los principales directivos ostentan rango de nivel ministerial. Y a pesar de ser operativamente independientes, las empresas se ajustan y adhieren de manera regular a la política del Partido Comunista. Desde el punto de vista de las empresas, su relación con el Gobierno requiere mantener un equilibrio entre los beneficios que se obtienen –como la financiación en condiciones favorables y

los contactos internacionales patrocinados por el Estado chino (por ejemplo, contactos con altos funcionarios públicos y gobiernos extranjeros establecidos por el Gobierno chino)—y los costes que supone la injerencia del Gobierno y las presiones de cumplir con la cosmovisión del Partido Comunista.

La estrategia china de proporcionar a su red de empresas acceso a dinero barato y el apoyo estatal, así como acceso preferencial a los contactos con gobiernos extranjeros (gobiernos que son actores principales en el sector de los recursos de sus respectivos países), parece ayudar a dirigir la agenda para el desarrollo del país. Y dado que tanto este enfoque como el «de ordeno y mando» del Partido Comunista funcionan bien para el Gobierno, es poco probable que la situación cambie a corto plazo. En su caso, las intervenciones del Estado chino probablemente aumentarían si la economía tuviera que enfrentarse a un «aterrizaje forzoso» con una importante contracción en el crecimiento económico de China, como algunos economistas predecían para 2012.

Para muchos «chinófilos», el Gobierno chino es omnipotente y omnipresente. Sin embargo, tal y como dijo con ironía un empresario chino, el grado de influencia gubernamental depende de en qué medida hayas conseguido las licencias oportunas, recibido dinero público y de a quién tengas como personal clave (y también quién lo selecciona)—como el consejero delegado, los miembros de la Junta o su director financiero. Es la diferencia que existe entre que te digan de forma explícita cuáles son las pautas de actuación—qué debes hacer, dónde invertir, qué productos contratar, etc. (si consigues la licencia, el dinero y el personal)—a que te digan lo que no debes hacer—por ejemplo, prohibir a una empresa que invierta fuera de un sector explícitamente indicado (si sólo buscas una licencia). Las modalidades de financiación y de transacciones que inciden en todos los ámbitos de los recursos naturales encajan perfectamente con el imperativo de China de la construcción de su vasta infraestructura doméstica y con su plan de crecimiento económico a largo plazo. Esto es China S.A. —¡todos para uno y uno para todos!⁵

Título de la edición original: *Winner take all: China's Race
for Resources and What it Means for the World*

Traducción del inglés: Casandra Viñuela

Edición de María Cifuentes

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Círculo de Lectores, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona

www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2013

© Dambisa Moyo, 2012

Reservados todos los derechos

© de la traducción: Casandra Viñuela, 2013

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013

© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: RODESA

Depósito legal: B. 15336-2013

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-58-2

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5384-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)